

Rafael Calvo Serer es harto conocido de todos los españoles desde que desencadenó públicamente el conflicto entre el Gobierno español y el diario vespertino „Madrid“. Calvo Serer ha seguido una trayectoria ideológica que, si bien digna de todo respeto, no deja de sorprender en un hombre de su talento. Y lo que sorprende es la lentitud con que Calvo Serer ha comprendido la verdadera naturaleza del corrupto e ilegal régimen franquista. Pero lo que interesa es que lo haya comprendido y que hoy, después de haberle visto como ardiente defensor de las tesis franquistas en la guerra civil y consejero político del llamado Conde de Barcelona, podamos saludarle como partidario convencido de una auténtica apertura democrática para el sufrido pueblo español. La última etapa de este camino la recorrió Calvo Serer al reconocer públicamente que había sido un error creer que, desde dentro del sistema, se podría impulsar una evolución liberalizadora del régimen franquista. Grave error que, desde luego, han cometido otros muchos. Al régimen de Franco hay que combatirlo desde fuera del sistema. Así ha comenzado a hacerlo Calvo Serer con el artículo „Yo también acuso“, que publicó en el diario parisino „Le Monde“ el día 11 de noviembre de 1971 y que entretanto le ha supuesto exilio y el enjuiciamiento por el Tribunal de Orden Público. Sin perjuicio del informe sobre el caso „Madrid“ que publicaremos en uno de nuestros próximos números, les ofrecemos hoy la traducción al castellano de tan importante artículo.

YO TAMBIEN ACUSO

Un artículo de Rafael Calvo Serer que hará historia

El diario „Madrid“, cuyo consejo de administración yo presido y del que poseo la mayoría absoluta del capital social, está amenazado desde el día 22 de octubre de ser prohibido definitivamente. El día 31 de mayo de 1968 ya fue suspendido por cuatro meses porque yo había publicado un artículo titulado: „Retirarse a tiempo. No al general de Gaulle.“ Esta suspensión causó tales pérdidas financieras que, desde ese día, la supervivencia del diario es un milagro cotidiano, sobre todo porque a las represalias económicas se ha unido una incesante persecución por parte de los gobiernos del general Franco.

Esta vez, las medidas gubernamentales serán definitivas si yo no acepto las draconianas condiciones que se me imponen en forma de un auténtico ultimátum: la designación como director del falangista José María Alfaro, autor del himno fascista „Cara al sol“, y de un consejero delegado designado por el Ministerio de Información que intervendrá, en nombre del ministro, en la gestión de la empresa. Para conseguir estos fines, y en caso de que yo no me doblegue, el gobierno está dispuesto a tomar como pretexto supuestas infracciones administrativas cometidas desde 1964 por el grupo del Banco Popular Español, que tuvo la responsabilidad financiera del periódico hasta agosto de 1970.

Un diario debe morir

Es el vice-presidente del gobierno en persona, el almirante Carrero Blanco, quien en febrero de 1970 decidió poner fin a „Madrid“. Su decisión fue precipitada por la publicación, el 11 de octubre pasado, de un primer artículo titulado „Lucha por el poder en el diario „Madrid““, firmado por mí y por

mi abogado — que es al mismo tiempo mi colaborador político — Antonio García Trevijano, el hombre de la independencia de Guinea Ecuatorial, el que presentó a Jean-Jacques Servan-Schreiber en la escena política madrileña.

El gobierno impidió la publicación de la continuación bajo pena de secuestro inmediato del diario.

Desde setiembre de 1966, la dirección política de este diario está en manos de un grupo de universitarios que se han propuesto transformarlo de un diario popular que era en un órgano de información objetivo e independiente. Para conseguirlo, aprovecharon una ley de prensa que suprimió la censura previa existente desde la guerra civil de 1936. Pero por este método aparentemente simple, que consistía en actuar dentro del marco de la legalidad, „Madrid“ ha puesto en evidencia la incapacidad de ciertos gobernantes de mentalidad autoritaria para aceptar la crítica, por moderada y constructiva que sea. Ciertos ministros habrían sin duda tolerado un „Madrid“ independiente; fue el almirante Carrero Blanco, con sus tecnócratas, quien decidió, consciente y deliberadamente, la muerte de un conocido periódico, cuyas posiciones políticas eran calificadas de „centristas“ por la prensa europea.

Se hubiera podido adivinar que la decisión del gobierno de prohibir definitivamente el diario era inevitable desde la sensacional amnistía concedida por el Caudillo el pasado 1 de octubre para poner fin a las repercusiones políticas del escándalo MATESA. Con mucho gusto hubiese dicho „Madrid“ ese día lo que se ha podido leer en la gran prensa independiente del mundo entero: que la tan elogiada magnanimidad del generalísimo con motivo del 35 aniversario de su llegada al poder estaba destinada en primer lugar a amnistiar al mismo gobierno. En efecto, la campaña lanzada contra el almirante Carrero y sus tecnócratas, en agosto de 1969, por los ministros falangistas Fraga Iribarne y José Solís, y que tuvo por resultado la apertura

de una investigación contra los antiguos ministros Espinosa San Martín, García Monco y Navarro Rubio y contra altos funcionarios de la Administración, demostró que estos últimos no eran los únicos culpables, sino que debían compartir con el gobierno entero las responsabilidades políticas del escándalo. Decretando la amnistía, el jefe del Estado reconocía públicamente que había cometido un error al permitir que el caso MATESA fuese llevado a los tribunales. El gobierno podría cometer el mismo error en el caso „Madrid“.

Un frenazo

¿Quiénes son los que, de una manera tan completa e implacable, quieren destruir nuestro diario, y por qué? El confusiónismo que reina en la política y la información españolas a causa de la censura, las manipulaciones de la ley de prensa y de la propaganda oficial, tiene como principal responsable al almirante Carrero Blanco. A medida que éste ha acrecentado sus poderes en el seno del gobierno desde el referéndum de 16 de diciembre de 1966 sobre la ley orgánica del Estado, se ha dado un frenazo al lento proceso de liberalización y de democratización del régimen. Este proceso era debido a la acción de ciertos demócratacristianos aparecidos en la escena política en 1951 y al impulso económico de los tecnócratas incorporados al gobierno en 1957.

Aprovechándose de la edad de Franco, el almirante impuso el integrismo rígido que le caracteriza formando el gobierno „monocolor“ de octubre de 1969. Generalmente se estima que la „eminencia gris“ de este gobierno es Laureano López Rodó, ministro del Plan de Desarrollo. De hecho, desde 1957, él y sus colaboradores no son más que los instrumentos del almirante Carrero Blanco. El vice-presidente del gobierno, jefe de fila de lo que, hace 15 años, se denominaba „la tercera fuerza“, ha eliminado a los que, en el seno de dicho movimiento, no eran tecnócratas. Se ha desembarazado